

# Antropología y arquitectura. La apropiación del espacio del hábitat

BLANCA SALA LLOPART

La antropología sociocultural es la ciencia total del hombre en sociedad y, por tanto, se distingue por enmarcar el análisis de carácter holístico con el objetivo de alcanzar una visión totalizadora y sintética de la sociedad y la cultura. Considera la sociedad como un todo, en el que cada elemento se explica a través de su relación de reciprocidad con el resto. Por esta razón la antropología tiene un carácter necesariamente pluridisciplinario, La disciplina antropológica, además, se caracteriza por una metodología de investigación propia para lograr la comprensión del objeto de estudio, a través de la observación y la participación: el trabajo de campo. Por otro lado, con esta tendencia a la pluridisciplinariedad, la antropología del espacio utiliza el cuerpo teórico y la metodología de investigación propios de la antropología sociocultural, para aplicarlos en el estudio del espacio habitado en sus diversas manifestaciones, tipologías y escalas: espacio corporal, espacio objetual, espacio arquitectónico, espacio urbanístico y espacio paisajístico. Con la misma voluntad de alcanzar un conocimiento amplio de la sociedad y la cultura, la antropología del espacio analiza el espacio como un medio por el que se accede: el espacio es considerado como el resultado y la proyección de un conjunto de factores sociales, culturales, económicos, materiales, perceptivos, cognitivos, conductivos, simbólicos, ideológicos, etc.

El punto de vista antropológico difiere del ámbito de la arquitectura, ya que en este caso sería la proyección y la creación del espacio lo que se constituiría como principal objetivo, contribuyendo de esta manera a la creación cultural en general. La diferencia entre el objeto de este ámbito y el de la disciplina antropológica la encontramos en un orden de prioridades entre espacio y cultura.

El espacio, y concretamente el espacio arquitectónico, es un hecho cultural que no podemos considerar de forma unívoca, ya que toman parte diversas realidades o interpretaciones distintas: la arquitectura y la disciplina antropológica, representantes de la vertiente creativa y

analítica del espacio respectivamente. Pero aún faltaría otro punto de vista para completar la aproximación al objeto arquitectónico: la sociedad, es decir el representante de la vertiente práctica del espacio. En cada una de estas tres realidades, el espacio adquiere nombres y significaciones diferentes. En el ámbito de la sociedad, la vertiente práctica, los espacios adquieren el sentido que le otorgan las actividades que tienen lugar: el espacio habitado se convierte en lugar. Desde otra perspectiva, la arquitectura, la vertiente creativa, es la que crea y da forma a estos lugares a través del proyecto: el espacio pasa a ser arquitectura. Este lugar, para la antropología, ha sido un objeto de estudio al que se ha accedido desde un criterio analítico, con el objetivo de buscar el sentido que precisamente tiene para la sociedad. Pero para el antropólogo, el espacio de la sociedad en cuestión también forma parte de éste y le confiere un sentido propio: se trata del campo antropológico.<sup>1</sup>

## *Habitar y habitus*

La apropiación del espacio por parte del habitante forma parte del proceso que hace que la sociedad convierta los espacios en lugares. Nicole Haumont dice: «Habitar es ser alojado y poder apropiarse del espacio según ciertos modelos culturales», ya que es a partir de los modelos culturales que se generan las prácticas y las representaciones sociales<sup>2</sup>. Para dar una explicación a estos modelos culturales, Pierre Bourdieu utiliza el concepto de *habitus*. «Los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen *habitus*, sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para conseguirlos, objetivamente «regulados» y «regulares» sin ser el producto de obediencia a reglas y, al mismo tiempo, colectivamente orquestadas sin ser producto de la acción organizadora de un director de orquesta.»<sup>3</sup>

Las prácticas y las representaciones sociales, incluidas las prácticas y las representaciones espaciales, según Bourdieu, estarían generadas y organizadas por unas estructuras de carácter colectivo denominadas *habitus*. Sin embargo, en ningún caso estas estructuras tienen un efecto de carácter determinista, sino que actúan como instrumentos delimitadores de las prácticas y las representaciones, tanto individual como colectivamente. En realidad, estarían a medio camino entre el determinismo y la libertad: estaríamos en el ámbito de una libertad controlada, de una «libertad condicionada» y condicional, de un conjunto de «improvisaciones regladas» y «reguladoras.»<sup>4</sup> *El habitus* pasa a ser de este modo una capacidad infinita de generar prácticas y formas sociales, prácticas y formas arquitectónicas, a medio camino entre los condicionantes que forman parte de un determinado contexto histórico-sociocultural y la creatividad.

Por tanto, el *habitus* no es algo estático, sino que adquiere todo su sentido en la noción de cambio y de proceso de transformación. Las diferentes esferas de la vida social se van reactivando y actualizando a través de un proceso constante de revisión, selección y transformación de los elementos existentes y, al mismo tiempo, a través de un proceso de incorporación de elementos nuevos. El equilibrio entre permanencia y cambio, entre imitación e invención, entre lo heredado y lo nuevo, ayuda a que las diversas esferas no pierdan su vigencia y su sentido, y a que no se dificulte el proceso de apropiación y reapropiación de la realidad. El *habitus* toma un doble papel: el de hilo conductor y el de motor de cambio de la propia historia,

«Producto de la historia, el *habitus* produce prácticas individuales y colectivas, produce, así, historia conforme a los principios(*schemes*) engendrados por la historia; asegura la presencia activa de las experiencias pasadas que, depositadas en cada organismo bajo la forma de principios de percepción, pensamiento y acción, tienden, con más seguridad que todas las reglas formales y normas explícitas, a garantizar la conformidad de las prácticas y su constancia a través del tiempo. Pasado que sobrevive en la actualidad y que tiende a perpetuarse en el porvenir actualizándose en las prácticas estructuradas según sus principios, [...] el sistema de las disposiciones está en el principio de la continuidad y la regularidad.»<sup>5</sup>

El proceso de apropiación del espacio arquitectónico encuentra su sentido en este equilibrio entre permanencia y cambio, imitación y creación, herencia y novedad. La naturaleza y la dinámica del habitar está íntimamente ligada a la dinámica del *habitus* ya que es una de sus manifestaciones. El *habitus* es el modelo que genera, perpetúa y dinamiza las prácticas y las representaciones arquitectónicas. Y tanto el arquitecto como el habitante están inmersos en sus propios modelos culturales.

### *Prácticas del espacio*

Desde el terreno de la antropología del espacio, uno de los puntos de interés se ha dirigido a analizar la capacidad de engendrar prácticas de apropiación del espacio del habitat por parte del propio habitante, es decir, el conjunto de actuaciones mediante las cuales el habitante se adapta a un espacio. Es lo que Henry Raymond denomina *competencia práctica* del habitante.<sup>6</sup> Por tanto, la apropiación pasa a ser un proceso de adaptación mutuo entre el espacio arquitectónico y el habitante; por un lado, el espacio que ha diseñado el arquitecto influye de alguna manera en el habitante, condicionándolo en su práctica; por otro, para poder adaptarse a este espacio, el habitante intenta superar los condicionantes impuestos transformándolo formal y conductivamente. El espacio arquitectónico no sólo sería el resultado de un proceso creativo del arquitecto o diseñador, sino que al mismo tiempo, y a partir del preciso momento de ser habitado, sería el resultado de un proceso de creación y recreación llevado a cabo por el habitante, de un proceso de adaptación y readaptación entre espacio y sociedad de acuerdo con

unos modelos culturales o unos *habitus*. Estaríamos frente a una dinámica en la cual el espacio ha sido creado y recreado constantemente, una dinámica que define por sí misma el fenómeno de habitar,

La reflexión sobre la existencia del hombre es lo que lleva a Martin Heidegger hasta la idea de habitar, a través de las palabras de Hölderlin: «poéticamente habita el hombre». Se vuelve a establecer la relación entre crear y habitar.

«Poetizar es aquello que, antes que nada, deja al hecho de habitar ser un habitar. Poetizar es propiamente dejar habitar. Ahora bien, ¿por qué medio llegamos a tener un habitáculo? Por medio de la edificación. Poetizar, como dejar habitar, es un construir.»<sup>7</sup>

El sentido de este «edificar» y de este «construir» incluye tanto la creación en el ámbito del conocimiento como la creación en un sentido material, y hace referencia también tanto a la creación del arquitecto como a la del habitante.

«Poetizar, en tanto que es el propio tomar medidas de la dimensión del hecho de habitar, es la construcción inaugural. Poetizar es lo primero que deja entrar el hecho de habitar del hombre en su esencia. Poetizar es el originario dejar habitar.»<sup>8</sup>

Esta concepción poética del hecho de habitar ha sido recogida por muchos estudiosos del espacio, tanto desde dentro como desde fuera de la disciplina antropológica. Michel de Certeau habla de los «artistas cotidianos» y de las 'capacidades creativas de los habitantes-artistas» resultado de una práctica de manipulación, personalización, reutilización y poetización del espacio habitado, y reivindican por tanto los derechos de autoría de estos habitantes.»<sup>9</sup>

Este proceso de apropiación del espacio habitado por parte del habitante, según Amos Rapoport, se realiza a través de un *proceso de diseño*:<sup>10</sup> la toma de decisiones, la preferencia y la selección son algunos de los mecanismos que considera más importantes. El habitante pone en práctica una serie de selecciones sistemáticas entre diferentes alternativas posibles a partir de unos determinados modelos culturales. Esta selección responde, por un lado, a unas preferencias de carácter personal e individual y, por otro, a unas preferencias de carácter colectivo que dependen de aspectos como el estadio en el ciclo de vida, el grupo de edad, la composición familiar, el grupo socio-económico, la formación cultural, la religión, la ideología, etc. Para adaptar este conjunto de preferencias o necesidades, el habitante aplica una estrategia creativa: selección, alteración, personalización o diseño del espacio arquitectónico que habita. Es decir, que en realidad lo que lleva a cabo es diseñar o crear al mismo tiempo un estilo de vida y un estilo arquitectónico. Por consiguiente, Rapoport considera el diseño como una selección entre alternativas: es lo que denomina modelo de selección de diseño o diseño como selección.<sup>11</sup> Encontramos la misma idea también la encontramos en muchos arquitectos, como Roben Ventura cuando habla de lo que el denomina «elementos convencionales»,<sup>12</sup> es decir, todos aquellos productos anónimos, corrientes por su fabricación, forma y uso, y vinculados o asociados con la arquitectura y la construcción. La sociedad es la verdadera creadora de estos productos o de esta serie de elementos con tal de satisfacer sus necesidades y de adaptarse a su

entorno. Según Venturi, ni el arquitecto tiene poder para eliminarlos, sustituirlos o dejarlos al margen, ya que al tratarse de una creación de alcance colectivo, el cambio sólo puede producirse de forma paralela al cambio social. Por lo tanto, el cambio necesita tomarse su tiempo y no puede ser nunca el resultado únicamente de unos pocos individuos. El arquitecto aprovecha los elementos convencionales existentes en un determinado contexto sociocultural, pero Venturi cree que es preciso también que pueda crear nuevos elementos con nuevos significados, introduciendo de este modo elementos creativos propios. Desde esta perspectiva, vemos que no difieren mucho el papel del arquitecto y el del habitante, ya que ambos intervienen en un proceso de selección y de creación de la realidad espacial y arquitectónica.<sup>13</sup>

La metodología antropológica del trabajo de campo se fundamenta en el conocimiento directo del objeto de estudio. El antropólogo intenta alcanzar una visión Emic, es decir una visión *desde dentro* de la cultura que estudia: como observador intenta situarse en la perspectiva de lo observado<sup>14</sup>. El método de investigación que utiliza para conseguirlo es la observación participante. Cuando se trata de analizar el ámbito de la arquitectura, como es el caso de la antropología del espacio, el propio espacio se constituye como objeto de estudio y es el que nos delimita la investigación. Se da una coincidencia entre los límites del objeto de estudio (el espacio arquitectónico) y los límites del campo antropológico (el espacio de investigación), entre espacio y antropología.

Serán los mismos espacios de los habitáculos los que marcarán la pauta de investigación. Diferentes aspectos que tener en cuenta en la apropiación espacial pueden ser el establecimiento de diversas dualidades (interior-exterior, delante-detrás, público-privado, masculino-femenino, adulto-infantil, puro-impuro, diurno-nocturno, ocio-trabajo, nuevo-viejo, etc.), la adecuación a la composición y a la estructura familiar, la adecuación a un conjunto de modelos (funcionales, de comodidad, de conducta, de estilo de vida, de calidad de vida, sociales, culturales, simbólicos, estéticos, etc.) o la adaptación según si el asentamiento tiene carácter provisional o definitivo. Es importante observar la dinámica de adaptación mutua entre el espacio del habitat y sus habitantes. Por un lado, hay que observar en qué aspectos y hasta qué punto son los habitantes los que han tenido que modificar su práctica y sus concepciones con tal de adaptarse al espacio arquitectónico. Por otro lado, y désele la perspectiva inversa, también es importante observar cuales, y en qué grado han sido las transformaciones formales y que los habitantes han introducido en este espacio para adecuarlo a su práctica, a sus hábitos o a sus modelos. Es interesante observar la apropiación de los habitáculos desde el punto de vista de las delimitaciones espaciales. La delimitación del espacio responde a la necesidad del hombre de comprender su entorno, de proyectar los diversos aspectos sociales y sus significaciones en el espacio. Los límites pasan a ser los instrumentos y estrategias para patentizar, para recordar, para mantener, para reforzar y hasta para reivindicar esos aspectos que muchas veces responden a las dualidades citadas anteriormente. La arquitectura, el mobiliario, los objetos, la decoración, así como la conducta, los rituales, el lenguaje, los significados culturales o las reglas

sociales constituyen, articuladas conjuntamente, diversas formas de delimitación del espacio del habitat. Con frecuencia, la falta de adaptación entre el habitante y su habitat responde a un desajuste entre la diversidad de aspectos sociales y la diversidad espacial. Mientras los diferentes aspectos de la vida social se van diversificando y resultan más complejos, el espacio arquitectónico se va simplificando. Desde la arquitectura, se ha optado en gran parte por los espacios plurifuncionales, para una reducción del número de espacios a favor de una mayor superficie de algunos de ellos.

El habitante se ve obligado entonces a intervenir en ese espacio introduciendo las delimitaciones que necesita para desarrollar de forma natural su modo de vida: estas estrategias de adaptación nos pueden ayudar a comprender la competencia práctica del habitante.

En la metodología antropológica, la perspectiva Emic se complementa con la visión Etic, es decir el análisis *desde fuera*, en el que se produce un distanciamiento respecto al objeto de estudio a partir del cuerpo teórico y de los conocimientos de la disciplina antropológica, los cuales permiten llegar a conclusiones de carácter general. Uno de los intereses de la antropología del espacio estaría en detectar y analizar los ajustes y los desajustes entre arquitectura y sociedad, y más concretamente entre el habitat y el habitante a partir del material extraído en la investigación. No se trata únicamente de un interés puramente analítico, sino que en última instancia lo que se intenta conseguir es que los resultados de la investigación puedan tener una aplicación práctica, que puedan ser tenidos en cuenta en el proceso del diseño o de proyección arquitectónica: el arquitecto o el diseñador no sólo proyecta formas espaciales, sino que al mismo tiempo está llevando a la práctica un proyecto social.

### *Discursos del espacio*

La apropiación del espacio por parte del habitante no pasa sólo por la competencia práctica, sino que interviene también la noción que Henry Raymond denomina *competencia lingüística*, es decir, la capacidad del habitante para elaborar un discurso sobre su propio habitat. El habitante pone en práctica su capacidad analítica para adaptarse, o también para legitimar, el espacio en el que vive, el espacio que siente como propio. Su experiencia como miembro de un determinado contexto sociocultural y como individuo, así como su experiencia espacial y arquitectónica en términos conductivos, cognitivos o estéticos, lo llevan a manifestarse a través de la práctica y de la palabra. La importancia no reside en la literalidad del discurso del habitante, sino en saber leer entre líneas, en saber descubrir cuáles son los condicionamientos que han intervenido en la conformación de este discurso. Actualmente, por ejemplo, el impacto social de los medios de comunicación y de la publicidad es importante. No es el discurso individual el que toma protagonismo, sino que se trata de ver el discurso social al que responde, se trata de elegir lo que es anecdótico de aquello que es trascendente. Cuando alguien nos dice que le gustaría que la fachada de su edificio fuese de color azul, lo importante no es preguntarse por qué azul, sino que

lo que nos tiene que hacer reflexionar es la significación cultural de la estética de la fachada. Tiene que ver más con el discurso sobre el hecho de habitar que con el discurso del habitante. Es lo que Raymond llama también «palabra sobre el habitat» o «palabra social».<sup>15</sup>

En el estudio que elabora la antropología del espacio sobre la apropiación del espacio arquitectónico, un aspecto muy importante es el análisis del discurso del habitante. Como se ha citado anteriormente, la metodología antropológica del trabajo de campo se fundamenta en el conocimiento directo del objeto de estudio, un conocimiento que se alcanza a través de una perspectiva Emic la que el antropólogo intenta situarse en el punto de mira de ese objeto. La entrevista es el método que complementa la observación participando en toda investigación. Cuando se trata de que el protagonismo se centre en el discurso del entrevistado o informante, es decir del objeto de estudio, es preciso que la entrevista condicione lo menos posible ese discurso. Tiene que ser una entrevista de carácter abierto y flexible, con una dinámica similar a la que podría tener una conversación informal. El antropólogo lo lleva a la práctica a través de la entrevista no directiva. Cuando el sujeto por estudiar es el espacio arquitectónico, la entrevista se ve favorecida, ya que el mismo escenario en el que se lleva a cabo proporciona el hilo conductor y la pauta discursiva. El discurso del habitante sobre su propio habitar se produce a partir de la propia presencia física del espacio habitado al cual hace referencia. La competencia lingüística y la competencia práctica quedan necesariamente unidas, haciendo patentes los vínculos que existen entre ambas, lo que comporta una visión completa del objeto de estudio. El análisis antropológico no se fundamenta por tanto en el discurso monológico del investigador, sino que la relación que se establece entre el antropólogo y el informante se produce a través del diálogo. Todo diálogo implica la participación de más de un interlocutor, lo que significa que la información obtenida siempre estará condicionada por este hecho. Lo que no quiere decir necesariamente que se trate de un inconveniente, sino todo lo contrario. No se tiene que olvidar que todo análisis es fundamentalmente fruto de una interpretación y que el conocimiento objetivo es un reto utópico e imposible de alcanzar. Lo que es importante en realidad es que exista el diálogo, para una mejor comprensión del proceso de apropiación del espacio arquitectónico, para una mejor comprensión de las prácticas de adaptación de la sociedad que vive en unos hábitats proyectados por arquitectos y diseñadores.

El diálogo entre interlocutores diferentes se puede producir gracias a una voluntad de apertura, pero también al hecho de que en realidad no son tan diferentes. Si bien el habitante desarrolla la vertiente práctica del espacio, el arquitecto la vertiente creativa, y el antropólogo la vertiente analítica, en términos absolutos esto sería totalmente cierto. Cada uno de ellos desarrolla las tres vertientes al mismo tiempo, coincidiendo a cada una de ellas en importancia y proporcionalidad. El diálogo ofrece la posibilidad a estas tres realidades de trascender de las fronteras que limitan su propio mundo, de crear una nueva realidad, de establecer un contexto comunicativo, un mundo liminar construido mutuamente, un mundo a caballo entre los tres

pero sin ser la suma de los tres, un «sistema compartido de símbolos», un objeto «transcultural e híbrido»<sup>16</sup>

La tarea del antropólogo pasa a ser fundamentalmente una tarea de traducción: intenta sumergirse en la realidad del objeto de estudio a través de la observación participante y del diálogo, para entenderla, para interpretarla y, finalmente, para traducirla, con el objetivo de hacerla comprensible desde otros ámbitos de la sociedad.<sup>17</sup> El antropólogo pasa a ser una especie de mensajero o de mediador entre el habitante y el arquitecto, entre dos personajes que comparten la misma realidad espacial pero desde dos perspectivas diferentes.

«El etnógrafo es un poco como Hermes: un mensajero que, mediante metodologías para develar la máscara, lo latente, obtiene su mensaje a través de la cautela. Así presenta lenguajes, culturas y sociedades, en toda su opacidad, su carácter de foráneo, sus significados; también como un mago, como un hermeneuta, como un Hermes en sí mismo, clarifica lo opaco, convierte en familiar lo extraño, da significado a lo que no lo tiene. Descodifica el mensaje. Interpreta.»<sup>18</sup>

En definitiva, se abre la posibilidad de establecer un diálogo a tres bandas entre arquitectura, antropología y sociedad, de investigar conjuntamente el espacio habitado y de iniciar el camino a la creación de una nueva realidad compartida.

1. Referente a las relaciones interdisciplinarias que implican Arquitectura, Antropología y Sociedad, consultar Sala (1997).
2. Hamont (1968), p. 191). Nicole Hamont utiliza el concepto de «modelo cultural» en el sentido que Henry Raymond (RAYMOND, 1984).
3. BORDIEU (1994), p. 165.
4. Ídem p. 96-99.
5. Ídem p. 95.
6. Raymond (1984), p. 179-80.
7. Heidegger (1994), p. 165.
8. ÍDEM p. 176.
9. Certeau (1990) p. 200-201. Para una explicación más amplia sobre las prácticas del hecho de habitar, ver CERTAU GIARD; MaVOL (1994).
10. RAPOPORT (1985).
11. Los conceptos que utiliza Amos Rapoport son «*chotee model of design*» y «*design-as-choice*». RAPOPORT (1985). p. 259,
12. VENTURI (1995) p, 66-67.
13. ÍDEM p.68.
14. Referente a las diferencias antropológicas entre la antropología y la arquitectura a partir de los conceptos de Emic y Epic, ver Sala (1995).
15. Raymond (1984), p. 170-179.
16. La experiencia del trabajo de campo antropológico ofrece la posibilidad de ampliar la participación en el diálogo entre el antropólogo y la sociedad, incluyendo al arquitecto como tercer interlocutor. Esto crea los principios de un objeto o producto transecultural e híbrido. Durante el periodo en el que se realiza el trabajo de campo ha de establecerse un sistema compartido de símbolos si se quiere que este proceso de formación del objeto (a través de la autorreflexión, autoobjetivación, presentación y nueva explicación) continúe. RABINOW (1992), p 143.
17. Referente a los conceptos de traducción y diálogo desde la Antropología, ver SALA (1997).
18. CRAPARANZO (1992), p.43.